



Nº 40353

Mi lucha contra la lucha

Me llamo Sasha al-Hassan, tengo 26 años y nací y crecí en una pequeña ciudad situada en la frontera entre dos países enemistados. Allí viví hasta los 13, 13 años que pasaron como los de cualquier chica corriente que viva allí: aprendiendo a cocinar, limpiar y atender y obedecer a los hombres. En todo el tiempo de mi vida transcurrido allí solo tuvo lugar un hecho lo bastante importante para ser digno de mención: cuando tenía 11 años pasé las vacaciones de verano con mis tíos, que vivían en Barcelona. Allí descubrí un mundo totalmente diferente: las mujeres se vestían como querían, iban donde querían, tomaban sus propias decisiones, según sus criterios e ideales, tenían acceso a la educación... Otra de las cosas que más me sorprendió fue que la pobreza, tan generalizada en la sociedad de la que yo provenía, era un mal que casi había desaparecido allí. O eso me pareció al principio, pues más adelante me di cuenta de que, más que haber desaparecido, la pobreza, lo que estaba era “muy bien disimulada” por un sistema basado en la caridad en lugar de la solidaridad como se hace en mi país.

La ciudad en sí también me encantó: sus bulliciosas calles, flanqueadas por enormes edificios que parecían tocar el cielo, estaban llenas de vida por el trajín incesante de los transeúntes que, a cualquier hora, paseaban por ellas ya fuese andando o en cualquier medio de transporte. Me fascinaron los museos, La Sagrada Familia... y el mar, con sus playas llenas de niños jugando a ser dueños y señores de sus propios castillos fortificados con barreras de arena que, al atardecer, las olas lamían hasta deshacerlas como si de helados se tratase. Por las tardes solía ir con mi primo a una sala llena de **máquinas** para jugar. Era difícil manejarlas bien pero, al final, logré llevarme el **gato** al agua y hasta gané un par de veces.



Todas las noches íbamos a cenar al **restaurante** de mi tía. La comida estaba riquísima. Rara era la noche que no pedía mi plato favorito: gambas a la **gabardina**. Después de cenar, mi tío contaba chistes muy graciosos que nos hacían reír a todos. Y así estábamos hasta las tantas.

Aquellos fueron unos días de **alegría** que yo nunca he olvidado.

Cuando volví a mi pequeña ciudad, que entonces me pareció un insignificante pueblo, no hacía más que pensar en ir a vivir a Barcelona, pero no me atrevía a confesárselo a mi padre, pues él era un hombre muy tradicional y no le gustaba mucho el modo de vida occidental. Así que enterré mi **secreto** en lo más hondo de mi ser.

Dos años más tarde el presidente del país vecino decidió tomar las tierras fronterizas y para llevar a cabo su propósito comenzó a bombardear los pueblos y ciudades que en ellas se encontraban.

Los bombardeos duraron dos semanas. Dos semanas sin apenas dormir, conteniendo la respiración cada vez que se iniciaba un ataque. La última tarde, cuando por fin parecía que podíamos respirar tranquilos, un estruendo resonó por toda la ciudad dando comienzo al último bombardeo. Las bombas caían muy cerca, demasiado cerca... de pronto, una de ellas impactó contra mi casa y el techo se derrumbó. La luz del crepúsculo me deslumbró fugazmente y acto seguido se desvaneció. Esa fue la última tarde para muchos niños, hombres y mujeres y hubiera sido también la mía si mi padre no hubiese tenido que ir a trabajar al pueblo vecino.

Había perdido la noción del tiempo, ya había oscurecido y mi único pasatiempo durante esas horas para distraerme del intenso dolor que sentía en cada célula de mi cuerpo y de los gritos desesperados de auxilio que llegaban hasta mis oídos, había sido contar las estrellas a través de un resquicio entre los



escombros que me permitía ver un pedazo del firmamento de aquella oscura noche, sin duda la más oscura que yo recordaba. Y seguía contando estrellas “621, 622, 623...” cuando oí la voz de mi padre

- ¡Sasha, Sasha! – gritó desesperado.

A pesar de que los escombros aprisionaban mi pecho dejándome sin respiración, logré responder antes de perder el conocimiento.

- ¡Papá, no puedo respirar!

Luego oscuridad, impenetrable oscuridad.

Me desperté en una habitación de paredes blancas. Las luces brillantes que tenía encima de la cabeza me deslumbraban. Estaba recostada en una cama dura, desnivelada y con barras. Las almohadas eran estrechas, estaban llenas de bultos y unos tubos traslúcidos se enroscaban alrededor de mis manos. Sí, estaba en un hospital. Entonces ladeé mi cabeza y vi a mi padre allí sentado. Me comunicó que mi madre y tres de mis cinco hermanos habían muerto. En ese momento no lo dudé y le confesé mi deseo de ir a vivir a Barcelona. Él accedió con la condición de que no olvidase mi tierra, mi gente y las duras condiciones en que nos encontrábamos.

Y aquí estoy, 13 años después, intentando cumplir mi promesa. Vivo en Barcelona, he estudiado Ciencias Políticas y trabajo en una ONG humanitaria. Mañana participo con un discurso en un importante congreso de la ONU. Con él intentaré convencer a todos los que me quieran escuchar de que en muchos países existe una crisis permanente en todos los ámbitos generada por aquellos que quieren dominar a otros: los ricos a los pobres, los hombres a las mujeres, los armados a los desarmados... Y si de verdad la gente quiere ayudar, debe dejar de mirar por la televisión cómo sufren las personas, como si



fuese una película de Hollywood, mientras se lamentan de lo mal que está el mundo. Es necesario actuar, como sea, pero actuar.

Poco queda ya de la niña que era cuando tenía que pedir permiso a mi padre hasta para ir a comprar el pan, cuando iba encerrada en ese “burka” que me impedía hacer mis sueños realidad. Ahora me visto como quiero, voy donde quiero y lo más importante: tomo mis propias decisiones. Y he decidido luchar para cambiar el mundo. Porque si tanta gente se une para hacer la guerra, ¿por qué no va a poder unirse para hacer la paz?